

Mujica y el relato cultural de la izquierda

Gonzalo Sarasqueta

Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Máster en Periodismo de la Universidad de Barcelona/Columbia University. Máster en Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid. Doctorado en la Universidad Nacional de San Martín. Docente en la Universidad del Salvador.

RESUMEN

El trabajo desglosa el relato cultural que despliega el ex presidente de Uruguay, José Mujica, para defender la ampliación de derechos individuales tales como el aborto, el consumo de cannabis y el matrimonio entre personas del mismo sexo. A través de un breve análisis de sus intervenciones, se llega a la conclusión de que su discurso contiene un argumentario heterogéneo, donde opera tanto la racionalidad sustantiva como la racionalidad práctica.

ABSTRACT

The work breaks the cultural story of former Uruguayan president José Mujica to defend the expansion of individual rights such as abortion, cannabis use and same-sex marriage. Through a brief analysis of his interventions, we conclude that his discourse contains a heterogeneous argument, where both substantive rationality and practical rationality operate.

PALABRAS CLAVES

Relato; Izquierda; Mujica; Valores posmateriales; argumentario; racionalidad sustantiva; racionalidad práctica.

KEYWORDS

Story; Left; Mujica; Postmaterial values; argumentative; Substantive rationality; Practical rationality.

En el prólogo del libro “José Mujica: la revolución tranquila”, el escritor e historiador Miguel Ángel Bastenier subraya que es imposible llevar a cabo una política redistributiva en el marco de un capitalismo neoliberal. Por eso, añade, que José Mujica, presidente uruguayo entre 2010 y 2015, apostó a erigirse como un portavoz de la “izquierda moral”, aquella que hace hincapié en derechos individuales tales como la liberalización del cannabis, el derecho al aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo. Nada que ponga sobre el tapete la matriz distributiva de la riqueza, pero sí permite la ampliación de libertades en Uruguay.

La izquierda es un vitral rojizo que, a pesar de sus diferentes tonalidades —desde un rojo intenso (revolucionaria) hasta un rosa claro (reformista)—, está ensamblado por dos varillas discursivas, la materialista y la cultural, que estructuran su identidad. Sobre estos dos campos textuales, las fuerzas progresistas se proyectan como actores que desafían el statu quo y proponen un orden social más justo. Con recursos retóricos, simbólicos, emocionales e históricos de esos dos repertorios, erigen su relato o mito político, es decir, el guion narrativo que emplean durante sus gobiernos para generar consensos transversales y conflictos regulados (Riorda 2013). Emocionar, seducir, interpelar y comprometer son los verbos cardinales del relato (Lakoff 2008; Selbin 2010; D’Adamo y García Beaudoux 2013). A través de ellos, los mandatarios buscan confirmar, redefinir o desafiar las relaciones sociales existentes (Tilly 2006).

La variable materialista está circunscrita a las configuraciones sociales que produce un determinado modelo económico. Se espera que cualquier habitante del continente de la izquierda despliegue —con mayor o menor intensidad— una narrativa que defienda al trabajador frente al capital y anhele el mayor ni-

vel de igualdad posible. Un relato donde el ser humano sea el fin, y no una pieza más, del engranaje productivo. La desmercantilización de las personas —principio conceptual que socava los cimientos lucrativos del capitalismo— sería el mensaje rector en esta discursividad de izquierda.

Por su parte, el relato cultural —al que revisaremos someramente con Mujica— se refiere a aquellas producciones y representaciones de sentido, significado y conciencia que circulan en un tejido social. Alguien perteneciente al imaginario de la izquierda debería ser contracíclico con la cultura hegemónica que drena el capitalismo y cuyos vértices son el consumismo, el individualismo y la competencia. En su lugar, debería proponer un repertorio axiológico sustentado en la sobriedad, la conciencia social y la solidaridad. Como decía el líder socialdemócrata Willy Brandt, debería remover esas barreras mentales que perviven más que las de hormigón.

Pero hay más. Desde la década del sesenta, la familia progresista ha ido importando a su relato cultural los llamados valores pos-materiales: feminismo, ecologismo, pacifismo, despenalización del consumo de cannabis y movimientos homosexuales. Hay que añadir a esta lista una demanda tan antigua como el laicismo, es decir, la separación del Estado de toda influencia religiosa.

Retomando a Mujica, lo interesante de su relato cultural a favor de la ampliación de derechos individuales, o sea, pertenecientes a la esfera privada, es el argumentario que emplea. Veamos. Para el matrimonio entre personas del mismo sexo, Mujica emplea un argumento de autoridad (Breton 1996): “El casamiento homosexual, por favor, es más viejo que el mundo. Tuvimos a Julio Cesar, Alejandro “El Grande”, por favor. Dicen que es moderno, por favor, es más antiguo que todos nosotros. Es una realidad objetiva, existe. Para nosotros, no

legalizarlo sería torturar a las personas inútilmente” (entrevista en O Globo, 9/3/2014). La médula de su alegato es que, como el matrimonio entre homosexuales fue practicado por personajes relevantes, con resonancia histórica, la práctica queda legitimada socialmente. La libertad de decidir ingresar –o no– a la institución del matrimonio queda al alcance de todos. “Si ellos, dos personalidades destacadas, lo hicieron, es válido”, sería la tesis.

Sobre el aborto, dice: “...los hechos demuestran que muchas mujeres retroceden [no abortan] y se pueden salvar más vidas. Lo otro es dejarlas aisladas en el medio de su drama. Es hipócrita. Tenemos que hacernos cargo” (entrevista en TVE, 31/5/2013. La aclaración es del autor) . Como se observa, Mujica se re-cuesta en un argumento de enmarcado (Breton, 1996): subraya lo fáctico, la mujer como víctima (“...lo otro es dejarlas aisladas en el medio de su drama”), y omite la mirada que, en general, defiende la iglesia católica: durante el embarazo hay dos vidas, la del niño y la de la mujer. El fondo del argumento es cuidar a las mujeres (“...los hechos demuestran que muchas mujeres retroceden y se pueden salvar más vidas”). No hace referencia a la libertad de las mujeres para elegir sobre su propio cuerpo, bandera principal del movimiento feminista. Es un argumento de talante práctico, de reducción de daños; no ingresa en el perímetro de la moral, la ética o la filosofía.

Con la legalización del cannabis sucede algo similar. En una entrevista televisiva sostuvo: “El punto inicial es que todo lo que veníamos haciendo no daba respuesta. Cada vez había más consumidores. Y sobre todo, mucho peor que el consumo, es el narcotráfico, que aumenta el grado de violencia y corrupción, que existen en grandes esferas de la sociedad –y agrega–. Porque no somos defensores del consumo de la marihuana. Somos enemigos, como somos el enemigo del tabaco, como

somos enemigos del alcohol” (Canal Livre, 30/3/2014). Mujica enmarca la temática desde sus consecuencias: el narcotráfico, la violencia, el delito. Las soluciones que se intentaron hasta ahora solo aumentaron esos tres flagelos. Entonces, hay que ensayar otra política pública. Pero la diferencia es que, en este caso, Mujica se posiciona: “somos enemigos del cannabis”. Y sobre esa postura, elabora un argumento de analogía con el alcohol y el tabaco. Establece un vínculo subterráneo con drogas aceptadas socialmente; o sea, estaría también usando indirectamente un argumento de comunidad (Breton 1996) para aflojar el corsé del imaginario social¹ y desdramatizar el debate.

En relación a la religión, cuando en una entrevista le consultaron sobre la oposición de la iglesia católica al matrimonio entre personas del mismo sexo, el oriental afirmó: “Uruguay es el país más laico de América Latina. La iglesia ha luchado y todo, pero el laicismo en Uruguay es muy fuerte. (La Sexta 19/05/2014). Mujica admite que cambios como el derecho al aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo fueron viables porque la sociedad uruguaya está impregnada por un fuerte laicismo, rasgo sociológico que tiene su fundamento histórico: en 1917, el presidente socialdemócrata del partido Colorado, José Battle y Ordoñez, al cual Mujica utiliza en reiteradas ocasiones como referente simbólico e histórico, disoció al Estado de la iglesia y secularizó todos los actos públicos. Por ende, la iglesia no dispone del mismo coeficiente de poder político e influencia social que otros países latinos. Recuperando a Verón (2003), el discurso laico a favor de las libertades individuales de Mujica circula en unas condiciones de producción de sentido que facilitan su absorción.

En el relato cultural de Mujica, como se detecta, confluyen argumentos de distinta índole. Los recursos retóricos, según la temática, varían. Hasta en algunos casos, como en

el aborto y el consumo de cannabis, llegan a colindar con el instrumentalismo: legalizarlos para disminuir la cantidad de víctimas. No se vislumbra la justificación liberal de poder elegir sobre el cuerpo de uno sin la intromisión o la penalización de terceros, lo que, al menos en el plano discursivo, pone en tela de juicio su intención de crear sentido y significado en pos de la libertad. La situación se modifica en lo que respecta a la religión y el matrimonio igualitario. En estos dos issues el dirigente del Movimiento de Participación Popular (MPP) reviste sus reformas con marcos (laicismo y posibilidad de ingresar –o no– a la institución del matrimonio) relacionados a la libertad.

Trayendo la tipología de racionalidad elaborada por Max Weber (1964), podemos deconstruir el argumentario de Mujica en dos tipos: racionalidad práctica, donde acepta los límites de la realidad y calcula el modo más eficiente para superar las dificultades que se le presentan (sería en los casos del aborto y el cannabis), y racionalidad sustantiva, donde los valores son las directrices que guían la acción del individuo (serían en la religión y el matrimonio igualitario).

Estos dos tipos de racionalidad que conviven en las exposiciones de Mujica complejizan su relato cultural. La libertad, como se examinó, no es el vector que atraviesa su argumentario. Éste, lejos de almacenar un patrón, presenta fracturas, contradicciones y disrupciones, producto de las variadas tácticas discursivas que debe diseñar un enunciador para introducir su mensaje de forma eficaz en el marco de sentido que está inserto. Por ende, lo que pierde Mujica en coherencia argumentativa –en este caso, cede la impronta liberal como hilo conductor de su relato cultural–, gana en penetración, interpelación y consenso social: antesala fundamental para la implementación de cualquier política pública.

NOTAS

¹ Según la encuestadora Cifra, en diciembre de 2012, el 64% de los uruguayos estaba en contra de la legalización del cannabis.

BIBLIOGRAFÍA

-Breton, P. (1996). La argumentación en la comunicación. Ed. UOC: Barcelona.

-D'Adamo, O. y García Beaudoux, V. (2013) Arquitectura del relato político. Storytelling al servicio de la comunicación política. En: I. Crespo y J. del Rey (Eds.).

-Lakoff, G. (2008). The Political Mind. Nueva York: Viking.

-Riorda, M y Elizalde, L (eds.) (2013). Comunicación Gubernamental 360. Ed. La Crujía: Bs As.

-Selbin, E. (2010). El poder del relato. Ed. Interzona: Buenos Aires.

-Verón, E. (2003). Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista. Ed. Eudeba: Bs. As.

-Weber, M. (1964). Economía y sociedad. Ed. Fondo de Cultura Económica: Madrid.

-Tilly, C. (2007). Why?. Nueva Jersey: Princeton University Press.

Material empírico

-Entrevista en TVE, 31/5/2013.

-Entrevista en Canal Livre, 30/3/2014.

-Entrevista en La Sexta, 19/05/2014.

-Entrevista en O Globo, 9/3/2014. ■